

18-mayo-66
JRS

Fábula de los cinco caminantes

A los buenos compañeros
de la Sociedad de Autores.

De: Juan García Guerra

PERSONAJES:

(En un orden arbitrario)

- Fórtido
- Mínimo
- Orátulo
- Revóluto
- Cárnido

1084434

SEMINARIO MUL. 'DISCIPLINARI',
 JOSE EMILIO GONZALEZ
 FACULTAD DE HUMANIDADES
 UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO
 RECINTO DE RIO PIEDRAS

MDRSIS
Cul

Fábula de los cinco caminantes

ACTO UNICO

(Al abrirse la cortina la escena está vacía. Representa un camino en el desierto, que va desde la izquierda hacia la derecha. (Sin que esto tenga nada que ver con la política). El sol es de un amarillo blancuzco que molesta. El cielo está teñido de mandarina o zapote; una mezcla de estos dos colores sería lo más adecuado. No hay ningún detalle decorativo... Por la izquierda (como es natural en un camino de esta índole) llegarán: Fórtido, muy alto y fuerte, con un látigo en la mano; Mínimo, pequeño y esmirriado, que arrastra con paso de tortuga una linda carretita con toldete; Cárnido, gordete, y Orátulo, estilizado; ambos sentados cómodamente en el vehículo, y Revóluto, romántico, que viene detrás con los brazos cruzados. Estos cinco personajes visten igual en lo fundamental: apretadas mallas y camisetas de mangas largas; ambas de color negro. Fórtido, con cara de verdugo y la cabeza rapada; lleva varias medallas prendidas en el torso. Mínimo, demacrado y con los cabellos ralos que le caen sobre el rostro y el cuello en absurdos mechones; usa un largo saco deshilachado o algo que lo recuerda. Cárnido está tocado con un sombrero de copa; de un cinto cuelgan bolsitas de dinero y en la mano luce un abanico de nácar. Orátulo corona su cabeza con una mitra y de sus hombros cuelga una estola. Revóluto, con hirsutos cabellos rojos; viste una camisa roja sin abotonar y anudada en la cintura. La entrada de los personajes puede estar acompañada por una marcha antimarcial; verdadera conjunción de disonancias desordenadas, colocadas en perfecto orden.)

CARNIDO.— *(Abanicándose furiosamente.)* Ah... Lento, lento, muy lento.

ORATULO.— (*Hierático.*) Sí. Demasiado lento.

ORATULO.— (*Irónico y con rabia.*) Lento.

CARNIDO.— ¿De qué hablábamos?

ORATULO.— Del Mundo.

CARNIDO.— Tiene usted razón... Si consideramos que Amenhotep, llamado también Ekhnatón, inició la decadencia de aquel Egipto, por ser buen padre de familia y dedicarse a la literatura; como si consideramos que también Grecia se convirtió en un almacén de ruinas, precisamente porque descuidó la familia y se olvidó de la cultura; llegaremos a la conclusión de que a Cristo lo clavaron por cristiano; y tendremos que reconocer que a Juana de Arco la quemaron porque no era cristiana. Pero, como eso se prestaría a discusiones, porque ahorla señora o señorita esa está en el santoral, nos quedaremos con Galileo; a quien no quemaron, y con los monjes budistas, quienes se queman por propia iniciativa, lo cual no tiene nada que ver con la cultura del Nilo... ¿Verdad que esto no hay quién lo entienda?

ORATULO.— No. Pero a pesar de todo está muy claro.

CARNIDO.— Es lo que digo. (*Nuevamente se abanica.*) Ah... Este sol inclemente, este aire reseco; es un viaje agotador, insoportable... ¿Verdad? ¿No piensa usted lo mismo, Orátulo?

ORATULO.— Lo mismo, lo mismo. Pero sé que con la ayuda de Dios, resulta llevadero.

CARNIDO.— Ya: la fe... Con ella todo se hace fácil.

ORATULO.— No tan fácil, no tan fácil; pero se hace. Es lo que usted no comprende: debería rezar con mayor frecuencia.

CARNIDO.— Ya rezo bastante. Sólo que no me agrada exagerar las cosas. A mí me gusta comer; y el arte de masticar lleva su tiempo. Mírese usted, mírese usted, en cambio, lo demacrado que está. Es una verdad que debe comprenderse: no todos somos santos.

ORATULO.— No sugiera barbaridades; yo no soy un santo.

CARNIDO.— ¿Me lo va a decir a mí? ... Lo es.

ORATULO.— Que no, que no lo soy. ¿No ve que no llevo aureola? ¿O es que tal vez llevo aureola?

CARNIDO.— A ver... (*Orátulo inclina la cabeza y Carnido se la examina.*) No, no la tiene.

ORATULO.— Es una lástima, ¿verdad? ... De tener una aureola sería un santo, y de ser un santo ya hace tiempo que hubiera hecho un milagro para solucionar este asunto.

CARNIDO.— ¿Este asunto? ... ¿Cuál asunto?

ORATULO.— No se haga usted el tonto, mi querido Carnido: este asunto del viaje.

CARNIDO.— Ah, sí: el viaje... El viaje... (*Se abanica otra vez.*) Lento, lento, muy lento.

RESOLUTO.— Claro que sí que vamos lento. ¿Cómo no vamos a ir lentos? ¿Cómo podríamos ir rápido? ... Abusadores.

ORATULO.— Aunque no hablemos de eso, estoy seguro de que algún día llegaremos a alguna otra parte, y eso es una gran ayuda. La fe me lo indica, y la esperanza y la caridad también; aunque en menor cuantía. Y entonces, no cabe duda, cuando estemos allí, todo tendrá que arreglarse, ya sea con caricias o a empujones. Ah... (*Hace una señal de la cruz, que tiene algo de saludo árabe.*) Cada noche le ruego a San... a San... a San... Bueno, ahora no recuerdo; al patrón de los caminantes que quieren llegar a alguna parte; no importa cuál sea... (*Repentinamente se preocupa.*) No es que me esté poniendo chocho; es que hay tantos santos que me confundo... (*Con angustia creciente.*) Y cada día aparecen más, y la liturgia la cambian, y vienen los caníbales de todas partes, y el hombre no quiere salvarse, y los cañones disparan agua bendita, y las monjas se ponen faldas cortas; aunque no quisieran que les vieran las piernas, y yo me vuelvo loco, loco, loco... Dentro de mil o dos mil años no sabré en dónde tengo puestos los pies... (*Parece que va a gritar; pero de pronto pasa a la calma.*) Extraño, ¿no? ... Tantos santos, y el mundo no logra caminar bien... (*En tono sociable.*) Como le decía, todas las noches le rezo a San... (*Un fugaz gesto de desesperación.*) Al bendito santo ése, y... (*Con felicidad interior.*) espero. Todas las noches rezo y me llega la esperanza... La noche y la esperanza... La noche y la esperanza... (*Otra vez sociable.*) Ah, eso sí; porque es un santo de primera categoría. La cosa se pone difícil cuando amanece; cuando crece el día. El sol se planta allá arriba; blanco e inclemente, y ya no puedo concentrarme en las profundidades teológicas. Todo se acaba, sí; pero algún día llegaremos a alguna parte, en cualquier hora del día o de la noche. Hay que rezar, hay que rezar, aunque nunca ocurran milagros. Hay que rezar; porque si no... (*Como si fuera a llorar.*) ¿Cómo vamos a pasar las noches "per saecula saeculorum"?

CARNIDO.— En realidad, la noche no es mi problema. Mi problema es el día. De día se come, ¿comprendes? Y mi plato preferido es el filete; no muy cocido pero tampoco muy crudo. Estoy convencido de que así nunca podré lograr milagros; pero lo que es una buena digestión, sí. Ya comprenderá que yo no tengo problemas con el sueño; no hay nada mejor como medicamento para los nervios que una buena dosis de calorías diarias. Además está la oscuridad. La oscuridad se presta mucho para el descanso, o

por lo menos para cerrar los ojos y hacer creer a los demás que se está durmiendo. Si debo ser sincero, algunas veces lo que hago es pensar. Ah, pienso en la comida del día siguiente. No vaya a creer: también me gusta el pollo a la "barbecue"; pero confieso que el caviar no es de mis preferidos.

REVOLUTO.— Cadáveres: esa es la comida predilecta. Cadáveres con el estómago vacío. *(La carreta ha llegado, al fin, al centro de la escena. Mínimo cae agotado, y nadie parece notarlo.)*

ORATULO.— Hay una santa para los desesperados; aunque también podría ser un santo. Bah, pero el sexo no importa; lo fundamental es que existe. Pues bien: esa santa o ese santo, tiene que estar en alguna parte; tal vez al final de este camino. No me atrevería a asegurarlo; porque puede que haya otra cosa: bacinillas colgando de hilos dorados, por ejemplo. No sé... Dicen las Sagradas Escrituras que... Bueno, las Sagradas Escrituras dicen tantas cosas, que lo mejor que puede sucedernos es que algún día lleguemos al lugar adonde debemos llegar... ¿No está de acuerdo usted conmigo, Carnido?

CARNIDO.— Sí, en todos los puntos, mi buen amigo. Desgraciadamente... *(Nuevo abanicarse.)* Todo esto es muy lento, muy lento, muy lento.

REVOLUTO.— Si ustedes dos se bajaran de esa maldita carreta, no digo que hubiéramos llegado; pero por lo menos estaríamos más allá. ¿Dónde estamos? ... Yo no lo sé. Pero si todos ayudaran, estaríamos en otro sitio; aunque tampoco se sepa dónde. Reconozco con la sinceridad que me caracteriza, que no lo sé. Pero ustedes también deben reconocer que no lo saben; aunque ninguna sinceridad los caracterice. Por eso digo que ya está bueno de favoritismos y a empujar todo el mundo. Vamos, vamos: bájense.

CARNIDO.— ¿Se ha dado usted cuenta? ... Este mundo está lleno de locos. A nadie le regalan la gasolina; ni tampoco los cheques de banco se hacen con papel de inodoro. Lo que uno se gana trabajando honradamente, cualquier pendejo quiere quitárselo; sólo porque usa camisa atada a la cintura. Y lo peor de todo es que a pesar de todas las víctimas y los aplausos y los discursos y la mierda; lo único que se puede sacar en claro es que vamos muy lento.

ORATULO.— Yo diría más que lento: nos hemos detenido.

CARNIDO.— ¿Detenido? ... No es posible. Sólo las procesiones se detienen en las calles, y cuando los aviones se detienen en el aire, se caen... ¿Detenido? ... A ver... Sí, sí: ese estúpido se ha acostado a descansar. *(Histérico.)* Bárbaro, bárbaro, bárbaro. Le-

vántate, ladrón. Fusílenlo, descuartícenlo. Ladrón, ladrón... Oh, Dios... Fórtido, Fórtido, a tu labor. El látigo, el látigo. A tu labor. *(Fórtido grita como una bestia.)*

ORATULO.— Qué Dios perdone la violencia. *(Fórtido hace restallar el látigo sobre las carnes de Mínimo. Este trata de levantarse y no puede. Se arrastra. Grita a cada latigazo. Fórtido parece que danza.)*

REVOLUTO.— *(De quien también podría decirse que danza.)* Basta, basta, basta. No puede más, no puede más, no puede más. *(El látigo y la danza se detienen.)*

CARNIDO.— ¿Cómo?

REVOLUTO.— Que ya no puede más.

CARNIDO.— *(En un grito.)* ¿Que ya no puede más? ... Orátulo...

ORATULO.— *(Dándose golpes en el pecho.)* Kirie eleison, Kirie eleison, Kirie eleison; Christe eleison, Christe eleison, Christe eleison; Kirie eleison, Kirie eleison... y Kirie eleison.

CARNIDO.— Amén. *(Baja rápidamente de la carreta, y en cuclillas observa a Mínimo.)* Grave, grave, grave... A ver... *(Le levanta la cabeza; le abre la boca, y con el mango del abanico le da repetidos golpes en los dientes.)* Todavía tiene los dientes fuertes. *(Se levanta furioso.)* Ya sabía yo que todo era puro teatro. Si es su costumbre. Estas cosas sólo deberían representarse en las tablas; pero no a la luz del día, cuando pueden ocasionarle a uno un infarto del miocardio. No señor. Los organismos internacionales deberían ocuparse de esas cosas. Ya el honrado ciudadano, patriota, militarista y ferviente creyente, no puede vivir en paz. Sí: deberían ocuparse; si no fuera porque lo internacional no es lo nacional y podrían llamarme intervencionista... No crea: hay que cuidarse de las apariencias; aunque digan que las apariencias engañan. *(De una de las bolsas de su cinturón ha sacado un pequeñísimo pedazo de carne y se lo tira a Mínimo.)* Toma. *(Mínimo devora el pedazo de carne, tal y como lo haría un perro.)*

ORATULO.— *(De rodillas.)* Demos gracias al Señor por habernos salvado una vez más de la desgracia... Tu poder es infinito, Señor; mucho más grande que un barco trasatlántico. Y además eres inteligente. ¿Cómo nos las arreglaríamos sin ese pobre ciervo tuyo? ... Ah, pero se conoce que tú tienes los ojos bien abiertos... ¿O es sólo un ojo? ... No, no; tienen que ser dos. Aunque en las stampistas sólo pongan uno bien abierto, tienen que ser dos; aunque estén entrecerrados. Pero, no me importa; aunque sean tres o

una cena o medio, de todas maneras te damos las gracias de rodillas.

REVOLUTO.— Venirme a mí con cuentos. Dios es igual a mierda y teorema concluido; L.Q.Q.D. No creo en ese señor, como tampoco creo que los huevos sean digestivos cuando hieden. ¿Por qué no mejor aprender el manejo de las ametralladoras; aunque las ametralladoras tampoco sean digestivas? ... Hablen, hablen. ¿Puede alguien responderme eso?

MÍNIMO.— Sí... sencillo... yo... hambre. *(Se queja.)*

CARNIDO.— Ya comiste. Déjate de papeluchos baratos y levántate. Aún queda mucho tiempo antes de la llegada de la noche y vamos que continuar.

MÍNIMO.— *(Sin levantar la cara del suelo.)* Continuar... sí... Continuar... Llegar.

CARNIDO.— Vamos, vamos, vamos. Levántate. Contaré hasta tres y si cuando acabe aún no lo has hecho, con mucho gusto repetiré la orden a nuestro querido y dilecto amigo Fórtido.

REVOLUTO.— Usted no contará hasta nada. En primer lugar: porque no sabe, y en segundo lugar: porque no sabe. Hay también un tercer lugar; pero no me interesa destacarlo ahora, porque queda muy lejos.

CARNIDO.— Tenemos que seguir.

REVOLUTO.— Pues tome usted los palos y las correas y comience a empujar. Si quiere que no se le ensucie la chistera, con mucho gusto se la aguanto. El abanico también puedo aguantárselo; aunque no sé lo que dirá la gente si me ve con él.

CARNIDO.— *(A Orátulo, quien está arrodillado.)* ¿Usted que cree? ... ¿No le parece que las fronteras son el único medio de conservar nuestra independencia a pesar de la improbable devaluación del oro como patrón de la moneda internacional? *(Con un escalofrío.)* Y si el oro se devalúa, ¿cómo haremos para encontrar nuestra alma? *(Cada vez más nervioso.)* Las piscinas se compran con dinero; las mansiones se compran con dinero, con dinero. Monedas color de inconciencia; billetes de banco color de diversión; dólares, rublos, marcos y francos; libras y liras. Y todos ellos sentados a la mesa con caras de inocencia; con caras de almas; de almas buenas; nuestras almas que no viven pero suenan. Son tan bellos los turistas con sus pantalones cortos y sus medias largas; con sus camisas rameadas y sus cámaras terciadas... *(En un grito.)* Las fronteras y las guerras; las cuerdas para linchar negros, robos, crímenes; lo que sea... *(Susurrando.)* Nuestras almas. *(Mundano.)* Pero, no me ha respondido. Diga, diga, ¿a usted, qué le parece?

ORATULO.— Me parece... Me parece que Dios es grande y misericordioso. El es la salvación del mundo.

REVOLUTO.— Aunque lo sea. Lo único que importa es este hombre. Lo digo y lo repito: este infeliz no se parará de ahí hasta que haya descansado... No se parará de ahí hasta que haya descansado. No se parará de ahí hasta que haya descansado. No se parará de ahí...

CARNIDO.— Basta.

REVOLUTO.—... Hasta que haya descansado. Algún día podrá quedarse durmiendo hasta las diez de la mañana, o las once, o las doce; como hago yo; aunque no lo diga.

CARNIDO.— Qué palabras tan huecas, qué palabras tan huecas. ¿Cómo podrían dar vueltas esas ruedas si no se las hala? ... La verdad es que también darían vueltas si se las empuja; pero ése no es el caso, ése no es el caso.

REVOLUTO.— Y si a usted le gusta verlas girar, ¿por qué no se ciñe las correas?

CARNIDO.— Y tú, que tanto gritas —me asquea entrar en el plano de lo personal, pero no queda otro remedio—, tú, que tanto gritas, ¿por qué no lo ayudas? ... Anda, ponte en su lugar. Ponte, ponte, ponte. No te prometo aguantarte la camisa; porque soy alérgico al color ese; pero te daré voces de aliento, te lo juro. Sé como dar fuerzas con mis palabras, y también sé que dos y dos son cinco; aunque los científicos se empeñan en demostrar lo contrario.

REVOLUTO.— Eso lo sé yo también. Lo que usted ignora es que los perros nacen con los ojos cerrados y que yo no soy perro. Tampoco soy un niño que nace con los ojos abiertos pero que no ve. Tengo tan buenos dientes como Mínimo; pero eso no tiene nada que ver con los caballos, ni los burros, ni las malas mujeres de los obreros. Claro está que a usted le gustaría que fuera yo quien arrastrara la carreta; pero yo no estoy de acuerdo, y ahí está el preciso lugar donde se presenta el presente problema. ¿Cree que yo soy tonto? ... Pues no lo soy. Sé muy bien que si me coloco entre esos dos palos y tomo las correas, no pasarán cien años antes de que esté tan extenuado, listo e inservible como ese pobre infeliz de que ya hemos hablado. No, no, no y mil veces no. Me niego a desperdiciar las fuerzas que hacen posible nuestra lucha. Gracias a ella, este hombre está vivo o medio vivo; aunque a ustedes les moleste. Gracias a ella, ustedes tienen quien los arrastre; aunque a mí me moleste. Gracias a ella...

CARNIDO.— Basta de palabras. El silencio es más convenien-

te, sobre todo cuando nos conviene; y ahora me conviene... Cada uno a su puesto y a continuar la marcha. Ya está bueno de pérdidas de tiempo. El tiempo es oro, y el oro es oro.

REVOLUTO.— Nadie se mueva. Aquí estoy yo para defender la justicia, la patria, la nación, el escudo, la bandera, y todas esas cosas que nos enseñan en las escuelas... *(Hay un pequeño movimiento general.)* Nadie se mueva.

CARNIDO.— ¿Rebeliones a mí? ... ¿y con cuáles fuerzas? ... Fuertes son los boxeadores y nunca en la historia han tumbado un gobierno, ni un rascacielo, ni una mata de palma, ni nada... Bah, pero qué nenito.

REVOLUTO.— Lo he dicho y lo repito: no pasarán, no pasarán, no pasarán, no pasarán, no pasarán...

CARNIDO.— Fértido, a tu labor. Hazle probar el látigo. *(Fértido grita como una bestia.)*

ORATULO.— Que Dios perdone la violencia.

REVOLUTO.— Qué no se atreva a... *(Fértido grita nuevamente y hace restallar el látigo; esta vez dirigido a Revóluto, y, ¿por qué no?: también a Mínimo. Danzan y se arrastran.)*

CARNIDO.— Pega, pega, pega...

REVOLUTO.— Ya. *(Corre a esconderse detrás de la carreta. La danza se detiene.)*

ORATULO.— Demos gracias al Señor por habernos salvado una vez más de la desgracia. Tu poder es infinito, Señor, y por eso yo te canto: Aleluya, aleluya, aleluya, aleluya, aleluya...

REVOLUTO.— *(Con auténtico dolor. Sacando la cabeza.)* Paz... Justicia... Libertad... Secretos de la vida. Palabras y palabras. No me quiten las palabras. Ya sé que nuestro mundo no es un reloj suizo, ni una máquina electrónica; pero cuando estamos en la cuna nuestra madre nos canta: "Duérmeme mi niño, duérmeme mi amor"... *(Desesperado.)* Yo quiero más, yo quiero más, yo quiero más... No me quiten las palabras. Yo quiero más... *(Tranquilo y sollozando.)* Pero estamos tan solos... Tan solos... ¿Sabían? ... Todos estamos solos.

ORATULO.— *(En voz baja.)* Cállate... No es que me esté poniendo chocho: es, simplemente, que no puedo recordar.

CARNIDO.— *(Un poco más alto.)* Cállate... El dinero y las fronteras. Los turistas y el alma.

REVOLUTO.— *(Con voz estentórea.)* Solos.

CARNIDO.— *(En un grito.)* Fértido, el látigo. *(Fértido une su grito al de Carnido y hace restallar el látigo. Revóluto también grita y se esconde.)*

ORATULO.— *(Moviendo los brazos, como quien se desespera dolorosamente.)* Solos, solos, solos... No, Dios mío, solos no... ¿Qué tú me has dicho? Solos no. *(Como en una salmodia.)* Bienaventurados los que están afligidos, porque ellos serán consolados. Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra. Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados. Bienaventurados los pobres de... Los pobres... "A los pobres los tendréis siempre..." *(Mirando el cielo.)* Tú lo dijiste, Señor: "Los tendréis siempre." *(Con alegría mística.)* No estoy solo. Los pobres están conmigo, conmigo, conmigo... Tu inteligencia es grande, Señor: Tú me has dado a los pobres para que me acompañen... Ah, la edad, la edad, la edad.

CARNIDO.— *(Hastiado.)* Continuemos.

MINIMO.— *(Entre quejidos.)* Puedo... yo... no... puedo... yo... no...

ORATULO.— Pobrecito, pobrecito... Bienaventurado tú; ahora lo comprendo. La edad se ha marchado. Estoy lleno de la inteligencia divina. La inteligencia divina me reboza. Hasta podría decir la letanía completa de todos los santos y santas, vírgenes y viudas y mártires; si no fuera tan larga. Y ya lo dice la liturgia: no es bueno cansar, porque el que cansa se sienta y el que se sienta no camina y el que no camina es porque está cansado... *(Ha bajado de la carreta y se arrodilla al lado de Mínimo.)* ¿Estás cansado, hijo mío?

MINIMO.— ¿No lo ves? *(Se queja.)* ¿No lo oyes?

ORATULO.— Lo comprendo. La justicia de Dios necesita de tu cansancio para poder darte la gloria; aunque no sea la gloria lo que esperas al final del camino. Porque, ¿quién sabe dónde está el final; ni de qué color es? ... Cada uno lleva su cruz, hijo mío, y los que no, llevan un filete a medio cocinar. El mundo es perfecto, como tiene que serlo por ser obra de Dios. Y cuando uno se encuentra con algo perfecto, debe tener fe; aunque nos duela la barriga o nos produzca náuseas.

MINIMO.— Yo tengo fe... pero no puedo... las piernas... se niegan a soportarme. *(Nuevamente se queja.)* No puedo.

CARNIDO.— ¿Lo ve, lo ve? Es un insurrecto.

ORATULO.— Silencio... A ver, a ver, hermano querido... Apóyate en mí. *(Lo ayuda a ponerse de pié.)*

CARNIDO.— No le haga usted cariñitos; que se me pervierte más de lo que está.

ORATULO.— Silencio... A ver, a ver; ya está.

MINIMO.— No... puedo...

ORATULO.— Ya estás de pie. Camina. *(Lo suelta, y Mínimo cae como un poste de alumbrado, acompañado de una sirena.)* Dios mío... es verdad que no puede.

CARNIDO.— ¿Y le vas a creer?

MINIMO.— *(Ad-libitum, como un contrabajo.)* Tengo hambre... Tengo hambre... Tengo hambre... Hambre... Hambre...

ORATULO.— Hay un santo para los que han perdido las fuerzas, que se llama... que se llama... Pero ese no es el asunto. La verdad es que está agotado; y si está agotado, es porque usted lo ha hecho trabajar mucho. ¿Quién ha visto que sea necesario construir pirámides o templos a Minerva o capitolios? ¿Quién ha visto que tengan que construirse catedrales góticas o magníficos templos masónicos? ... Ya, ya, ya... Ya lo había dicho o había pensado decírselo: es usted un bárbaro inhumano.

MINIMO.— Eso. *(Y continúa con su queja de contrabajo.)*

CARNIDO.— No se meta con mis negocios, si no quiere que yo me meta con su Dios. Quiero que sepa, que si es verdad que hay montañas altas, también es verdad que hay valles bajos, y eso no impide que la tierra sea redonda... Al menos, eso dicen.

ORATULO.— La tierra es cuadrada, y además; este es un ser humano que tiene un alma humana que puede salvarse.

CARNIDO.— Muy bien: ocúpese usted del alma, que yo me ocupo del ser. ¿Acaso me inmiscuyo cuando usted le hace cumplir sus obligaciones para con Dios? ... No, ¿verdad? ... Todas las noches, como usted ha ordenado, reza sus cien rosarios, sus trescientos credos, las once mil oraciones de las once mil vírgenes —que, aunque usted se empeñe en decir que son más, yo estoy seguro de que son menos—, y las plegarias especiales para cada uno de los mártires y viudas del santoral. Y aunque eso no me deja dormir, y de paso no le deja dormir a él, yo nunca me he quejado. Que la salve, que la salve; que salve usted su alma. Pero lo que es el cuerpo, el cuerpo, el cuerpo...

ORATULO.— *(Quien levanta los dedos al quejumbroso Mínimo, sin poder lograr que queden arriba.)* El cuerpo no funciona... No tiene fuerzas. No tiene fuerzas. Nada de fuerzas... Dios mío, Dios mío, permíteme salvarlo... *(Se levanta y abre los brazos en cruz.)* ¿Qué va a decir la gente? ... No es que yo dude de Tí. Ya sabes que no; te lo he dicho tantas veces. Pero, los demás... No a todos les gusta el olor de la cera y de las azucenas; algunos son hasta alérgicos a esos olores. No tienen la culpa; no pidieron nacer así. Además, tienes que considerar que la tierra no es redonda y

que los hombres no tienen los ojos en la cara para no darse topetazos en la nariz. No te pido que termines con este viaje —eso forma parte de tus cosas y Tú con tus cosas eres muy excusivista—, pero, al menos, danos un poco de potestad. No seas avaro; que a Tí te sobra. Que podamos dar al pan sabor de filete; que no se necesiten las estatuas; que podamos inventar el motor y muchas otras cosas... ¿Me oyes o no me oyes?

REVOLUTO.— Ja.

ORATULO.— Espero que además de un ojo o dos ojos, también tengas un oído o dos oídos, y, quién sabe, una boca o dos bocas... Dios... Dios.

REVOLUTO.— No te va a escuchar por una razón muy sencilla: no está ahí.

MINIMO.— *(Gritando.)* Lo único que tengo es hambre, y el hambre no se come. *(A partir de este momento, todos comenzarán a hablar al mismo tiempo y a danzar progresivamente, como si pidieran lluvia. Terminarán gritando.)*

CARNIDO.— Incendios siderales y dinero... dinero, más dinero que hombres; esa la solución... dinero... Aunque Dios no pueda escuchar: dinero. Aunque los rascacielos no rásquen los cielos: dinero. Aunque el alma sea una papa caliente en boca desdentada: dinero, dinero, dinero, dinero... *(Etcétera.)*

REVOLUTO.— Libertad, que los cielos se desplomen. Libertad. Que las piedras reinen sobre los hombres. Libertad. Aunque caiga la lluvia y se ahoguen las vallas ni el dinero. Libertad. Libertad. Liberta... *(Etcétera.)*

MINIMO.— La tierra no se come; hambre. El aire no se come; hambre. Los hombres no se comen; hambre, hambre, hambre... *(etcétera.)*

FORTIDO.— Medallas. Medallas. Medallas. Medallas. Medallas, medallas. *(Etcétera. Entre palabra y palabra, grita como acostumbra.)*

ORATULO.— Sávanos... Sávanos... Sávanos... Sávanos... *(Etcétera. Después de llegar los gritos y la danza a su clímax, hay un silencio chillón.)* ¿Eres sordo? *(Pausa. La escena se oscurece entre ruidos de truenos que bien podrían confundirse con latas —un cambio impresionante de todas formas—. Cinco veces ampliada se escucha la voz de Dios, que dice: "ME TIENEN HARTOS". Más truenos. "HAGAN LO QUE LES DE LA GANA". Escándalo final, y la escena, lentamente, se normaliza. Otra pausa.)*

CARNIDO.— ¿Qué pasó?

ORATULO.— Es Dios, que ha hablado.

REVOLUTO.— *(Sacando nuevamente la cabeza por detrás de la carreta.)* Carajo. Entonces estaba ahí... y yo que pensaba que...

MINIMO.— *(Apoyándose en los codos.)* ¿Oyeron? ... Dijo que... hiciéramos lo que nos viniera en gana... ¿Eso, tal vez, quiere decir que...?

ORATULO.— Dios ha hablado.

MINIMO.— *(A Orátulo.)* Tú que sabes de esas cosas... ¿Eso quiere decir, tal vez, que...?

ORATULO.— Que nos da potestad.

MINIMO.— ¿Para qué cosas?

ORATULO.— No sé... Supongo que para todas.

MINIMO.— ¿Para comer también?

ORATULO.— Supongo que para todas.

MINIMO.— Dios mío... Quiero comer. *(Atada con una gorda sogá, aparece desde arriba una cesta con comida. Mínimo se lanza sobre ella y devora.)*

REVOLUTO.— Es increíble.

CARNIDO.— Sí. Increíble... Los peligros de nuestra situación actual son comparables a una disputa con navajas entre nuestros antecesores Adán y Eva, o un poco más cerca; a lo que hubiera sucedido si un pájaro carpintero se hubiera antojado de construir su hoyo en el fondo de la barca de Noé. Eso, aparte de que estoy convencido de que es muy peligroso jugar al fútbol con la bomba de hidrógeno; sobre todo si se usan zapatos con clavos, y por lo tanto; considerando mi posición privilegiada, mi amor a la tranquilidad, mi várices y mis callos; recomiendo a todos que se lean las *Mil y Una Noches* árabes, antes de decidir, no importa lo que sea.

ORATULO.— Laetitia, laetitia, laetitia... Te damos gracias, Señor, por tu magnanimidad.

CARNIDO.— ¿Cómo? ... ¿Habla de magnanimidad y de dar gracias? ... Pero mire que anda despistado... ¿No se le ha ocurrido pensar que su repentina e inesperada concesión puede ser producto del miedo?

ORATULO.— ¿Miedo, Dios?

CARNIDO.— Sí Miedo, miedo... Observe que su intervención ha llegado cuando en el mundo amenazaba desatarse una guerra atómica.

ORATULO.— ¿Y qué puede importar a Dios cualquier tipo de bomba?

CARNIDO.— El humo de toda una tierra ardiendo resulta nocivo para cualquier respiración; aunque esa respiración sea una respiración divina. Pues, dígame lo que se diga, es una respiración,

con todo y que sea un poco más fuerte que las demás. Y como siempre he sido de la opinión de que no se debe llorar sobre la leche derramada, y, dicho sea de paso, sobre la sangre vertida, porque se forma un lodazal; comienzo las peticiones, porque supongo que no faltan cosas que pedir... Dios mío, yo quiero...

FORTIDO.— No, yo primero... Yo quiero, Dios mío...

CARNIDO.— Yo primero...

FORTIDO.— Yo primero...

CARNIDO.— Yo primero...

FORTIDO.— Yo primero...

ORATULO.— Silencio. Formalidad... Cada uno a su turno, que hay para todos.

CARNIDO.— Yo primero: que soy el más viejo.

ORATULO.— ¿Qué quieres?

CARNIDO.— Yo... Yo... *(Se pone mimoso, como un niño.)* Dios mío... Yo quiero dinero, mucho dinero. *(De arriba cae una lluvia de dinero, que Carnido se tira a recoger.)* ¿Y... dónde las pongo? *(Del mismo sitio caen bolsas, que son llenadas con prontitud.)*

ORATULO.— ¿Y tú?

FORTIDO.— Señor Dios, general en jefe de todos los ejércitos celestiales y terrenales, comandante supremo, respetuosamente se le ordena...

ORATULO.— Sin formalidades.

FORTIDO.— Medallas... Muchas medallas... Dios mío, yo quiero medallas... *(Caen medallas y Fortido se las cuelga de todas partes.)*

ORATULO.— Y yo... yo... Señor... humilde como siempre, me conformo con... con... Señor, yo quiero un báculo que me reafirme como gobernante de tu grey. *(El báculo baja, atado por una sogá.)*

REVOLUTO.— *(Que subrepticamente se ha subido a la carreta.)* Ja, ja... Victoria.

CARNIDO.— ¿Eh? ... ¿Qué pasa?

REVOLUTO.— Dios, yo quiero el poder... Ya tengo el poder; El me lo ha dado.

CARNIDO.— Estás equivocado.

REVOLUTO.— ¿No escucharon sus palabras? ... Estaba harto y me ha dado poder. Sabe que conmigo las cosas se arreglarán: ya no habrá más vales en Viena, ni más té a las cinco para los ingleses. Los autos de todas las marcas se venderán a siete centavos, y todos los hombres se lavarán los pies con agua de Colonia, y las

mujeres también. Este milagro ha sido hecho para mí. Especialmente para mí... Ven, ven, ven, Mínimo querido; ya has sufrido demasiado. El día de tu regeneración llegó con mi toma del poder. Desde ahora podrás ir sentado a mi lado en la carreta.

MINIMO.— *(Devorando los restos.)* Espera... Espera, voy.

CARNIDO.— La problemática mundial me indica, no es posible dudarle, que lo mejor que se puede hacer en los terribles casos de crisis nerviosas, es no meter la mano en la boca de un perro, sobre todo si se trata de la mano derecha y el perro tiene la boca del lado izquierdo; porque, en otro caso... *(Se rasca la cabeza.)* ¿He entendido mal, o estos dos pretenden cogerse nuestros puestos?

MINIMO.— *(Todavía con la boca llena, se sube a la carreta.)* Aquí estoy, aquí estoy.

ORATULO.— Me temo que ha entendido bien.

CARNIDO.— Pero es horrible... con mis monedas.

ORATULO.— Con mi báculo de oro; porque es de oro.

FORTIDO.— Con mis medallas.

REVOLUTO.— Menos cháchara, y a continuar el camino. Rapidez y eficiencia. Rapidez y eficiencia. Rapidez y eficiencia... Ahora aprenderán lo que es ganarse el pan con el sudor de sus frentes; sin criticar el sudor que cae en la masa del pan. Tú, Carnido, ponte entre los palos y toma las correas; es tu turno para halar. Como Orátulo es menos fuerte; simplemente manejará el látigo.

CARNIDO.— Me niego.

ORATULO.— Yo también... Un hombre con mi poder espiritual, dando a probar el látigo; ni que fuera con vainilla, cerezas y nueces picadas. Yo exijo un sillón de oro, con brazos, para que me lleven en andas. Traigan esclavos de Nubia o de América, o por lo menos traigan idiotas de cualquier parte del mundo. No pueden olvidar que si algo tenemos es gracias a mí, que serví de intermedio.

REVOLUTO.— Menos cháchara, he dicho y lo repito: menos cháchara, menos cháchara, menos cháchara, menos cháchara...

MINIMO.— Ya está bueno.

REVOLUTO.— De acuerdo... Toma el látigo y oblígalos a obedecer. *(Mínimo se tira del coche y va hacia Fórtido.)*

CARNIDO.— No pasarán.

REVOLUTO.— Quítale el látigo. *(Lo hace.)*

CARNIDO.— *(A Fórtido.)* Quítale el látigo. *(Lo hace.)*

REVOLUTO.— Quítale el látigo. *(Lo hace.)*

CARNIDO.— Quítale el látigo. *(Lo hace.)*

REVOLUTO.— ¿Sabes que me estoy cansando?

CARNIDO.— Creías que iba a ser fácil, ¿eh?

REVOLUTO.— No me importa lo que sea, ni en qué lado de la luna caiga; o si es verde o amarillo. Pero quiero que sepas, ignorante ciclópeo de las estepas heladas del sur, que esto lo conseguiré, como sea: por arriba, por abajo, por delante o por detrás, y aunque tenga que pasar por sobre tu cadáver... Oye, y ahora que lo digo... Es buena idea...

CARNIDO.— ¿Cuál?

REVOLUTO.— Que te mueras. Ja, ja... Dios mío, quiero su cadáver. *(Acorde sonoro. Carnido se desploma.)*

ORATULO.— Resquiescant in pace. *(Hace sobre él la extraña señal de la cruz y se arrodilla a su lado.)*

REVOLUTO.— *(Después de tomar un gran impulso, salta sobre el cuerpo.)* Ya pasé por sobre su cadáver... Y ahora ya han visto hasta dónde alcanza mi poder. Soy un volcán al que no detiene ningún tipo de paredes o de rejas. Así es que, como un buen consejo: a olvidarse de los pañales y de Freud, y a ponerse los "overoles"... Qué mueran los psiquiatras... Mínimo, quítale el látigo.

ORATULO.— Dios tenga piedad de nosotros.

REVOLUTO.— Amén... Tú, Fórtido, de prisa, ocupa el lugar que te corresponde en el nuevo orden. Eres el más fuerte y por lo tanto es tu deber cargar con la carreta.

FORTIDO.— ¿Quién, yo?

REVOLUTO.— Sí, tú... Y si no lo haces, quiero que lo sepas: te azotaré con el mismo látigo con que lastimabas a mi pobre compañero... Cómo te quiero Mínimo.

FORTIDO.— A mí, nunca, nadie me ha pegado.

REVOLUTO.— Por la primera vez se empieza.

FORTIDO.— ¿A mí, el más fuerte? ... ¿El que ha sido la base del poder? ... Nunca, nunca, nunca.

REVOLUTO.— Azótalo, Mínimo. Azótalo.

FORTIDO.— No... Quiera Dios que te mueras, Revóluto. *(El mismo acorde y la misma caída.)*

ORATULO.— Resquiescant in pace. *(Se arrastra de rodillas a su lado y hace sobre él la señal de la cruz árabe.)*

FORTIDO.— Es increíble como a estos estúpidos se les suben los humos a la cabeza. Se les da una pequeña oportunidad y ya se creen que son los reyes del mundo. ¿Cuándo se ha visto un hombre con tres piernas? ¿Cuándo se ha visto que los árboles crezcan

con las raíces hacia arriba? ¿Cuándo se ha visto un recién nacido fumando tabaco? ... Nunca, ¿verdad? ... Pues, entonces, ¿quién puede imaginarse que yo me voy a rebajar tirando de una carreta?

ORATULO.— *(Levantándose.)* Con lo cual considero la misa terminada... *Ite misa est.*

FORTIDO.— Amén... Pero no perdamos más tiempo. Se hace tarde y supongo que aún falta mucho por andar. Nunca he entendido bien esto de este viaje; pero supongo que es necesario, y la verdad es que sería muy aburrido permanecer en el mismo lugar, sin "cabarets", ni prostitutas, ni botellas de cerveza —aunque estén vacías—, ni macanazos, ni contrabando, ni nada... Y ya, dicho lo que he dicho; considerando que nuestra situación es muy similar a la de antes, no nos queda otra alternativa que hacer las cosas como antes; aunque ahora un poco más aliviados de nuestra carga que antes. La naturaleza es sabia y los tomates son rojos. Siempre lo pensé... Andando.

MINIMO.— Espera, espera, espera... Voy a enseñarte un acto de prestidigitación... Ta, ta, ra, ra... *(No se sabe de dónde, saca un pañuelo blanco. Fortido, entusiasmado, se pone en cuclillas para observarlo.)* Ta, ta, ra, ra... *(Sin que se sepa cómo, convierte el pañuelo en una sarta de pañuelos de colores.)*

FORTIDO.— *(Como un niño.)* Precioso, precioso, precioso.

MINIMO.— Pues, Dios quiera que tú también te mueras. *(Un tercer acorde y una tercera caída.)*

ORATULO.— *Re-pace in quiescant. (Cae de rodillas y repite la ceremonia.)*

MINIMO.— Espero que comprendas, mi querido Orátulo: no me quedaba otro remedio. Tú sabes que cuando se nace se busca el seno de la madre por instinto. Nadie nos tiene que decir que es de ahí de donde tenemos que alimentarnos; al igual que nadie nos tiene que explicar cómo se mete uno en un ataúd. Y eso es un punto importante de la lógica. Se da duro con las manos, pero con un látigo duele mucho más; y aunque a uno se le caen los dientes cuando niño, más tarde les vuelven a salir. Malo es cuando se le caen a uno las muelas de puro viejo, y eso no hay necesidad de ser dentista para saberlo... ¿Comprendes?

ORATULO.— Dios tenga piedad de nosotros... Pero, lo que pienso es que dos y dos son cuatro, y que uno y uno sólo hacen dos, y que si a dos quitamos uno, queda casi ninguno... ¿Ahora qué vamos a hacer?

MINIMO.— Tú y yo, siempre nos hemos llevado muy bien. No creo que exista ningún problema. Como buenos amigos, los dos

solos, seguiremos el camino. *(Orátulo se levanta, y ambos se ponen de espaldas.)* ¿Qué hora es?

ORATULO.— La de volver a comenzar.

MINIMO.— Entonces, comencemos.

ORATULO.— ¿Quién la llevará?

MINIMO.— ¿Qué?

ORATULO.— La carreta.

MINIMO.— ¿Quién?

ORATULO.— Yo... Yo no estoy acostumbrado a hacerlo... No tengo fuerzas.

MINIMO.— Yo... Yo estoy muy cansado por haberlo hecho durante mucho tiempo. *(Los dos dan la vuelta con rapidez y se enfrentan.)* ¿Quieres que te enseñe un acto de prestidigitación?

ORATULO.— No, no me gustan.

MINIMO.— ¿Y una historia? ... Conozco una... ¿Quieres que te la cuente?

ORATULO.— No me divierten las historias.

MINIMO.— Esta estoy seguro que te gustará. Voy a contártela... *(Hace un hermoso gesto con los brazos.)* Sucede que en una ocasión, un anciano de siete años, pasó por la siguiente prueba: Se encontró encerrado en una gran habitación redonda, con puertas de todos lados y escuchó una voz que le dijo: "Detrás de una de esas puertas está el secreto de la vida. Te daré tres oportunidades. Si encuentras la que es, serás feliz y contigo todo el género humano". El niño de setecientos años, meditó y abrió la primera; detrás de ella encontró un hombre ahorcado, abrió la segunda y detrás de ella encontró un hombre decapitado, abrió la tercera; encontrando detrás de ella un hombre electrocutado. Se echó a llorar, y la voz, compadecida, le dijo: "Te daré una nueva oportunidad". Y el perro abrió una cuarta puerta; encontrando un nuevo cadáver. Lloró nuevamente y le fue concedida una nueva oportunidad: lo mismo. Abrió la sexta y lo mismo, abrió la séptima y lo mismo, abrió la octava y lo mismo, abrió la novena y lo mismo, abrió la décima y lo mismo, abrió la décimo primera y lo mismo, abrió la décimo segunda y lo mismo, abrió la décimo tercera y lo mismo, abrió la décimo cuarta y lo mismo, abrió la décimo quinta y lo mismo, abrió la décimo sexta y lo mismo, abrió la décimo séptima y lo mismo, abrió la décimo octava y lo mismo, abrió la décimo novena y lo mismo, abrió la vigésima y lo mismo, y... Eran veintiuna puertas, y sólo le quedaba una. Lloró como un cocodrilo, hasta que la voz, para que no le fuera a manchar el piso con el salitre de sus lágrimas, le dijo: "Eres insoportable, cocodrilo. Está

bien... ábrela". El anciano dio un paso; dio otro paso; y otro. Agarró el picaporte con cuidado, y con cuidado comenzó a hacerlo girar... Los goznes chillaban y él sudaba empavorecido... Al fin, después de muchas dudas, se dijo: "Hay que ser valiente y decidirse", y de un empujón abrió la puerta, y allí estaba un grande y hermoso hombre, que le dijo...

ORATULO.— *(En un grito.)* Que te mueras. Dios quiera que así sea. *(Y el acorde se repite, esta vez con mayor fuerza. Caída.)* Resquiescant in pace. *(Mira hacia arriba con disimulo.)* Señor, yo no he tenido la culpa, o sí la he tenido; pero no me quedaba otra alternativa. Los antibióticos se utilizan cuando hay una infección, por más cariño que le tengamos a los microbios. ¿Qué otra cosa podía hacer? *(Enfrentando el vacío.)* Yo soy tu intermediario. ¿Acaso querías que muriera? ... De no haberlo matado, él me hubiera asesinado a mí; eso no podrás negarlo. Tenía que ser así, ¿verdad? ... Tenía que ser así. Tu palabra debe prevalecer sobre los mortales; aunque para ello sea necesario destruir a todos los mortales. Y yo soy el conductor de tu palabra... ¿Yo soy el conductor de tu palabra...? *(Silencio cargante.)* Contesta... *(Espera unos segundos y luego baja la cabeza.)* Día de ira... La tierra ha sido reducida a cenizas... Después de todo; así tenía que ser: los mortales han cumplido su misión: han muerto. *(Va hacia los cuerpos y los sienta. Los contempla en silencio y luego mueve la cabeza negativamente.)* Ahora, debemos emprender el viaje... Todavía es de día... Vamos. Valor. *(Va a la carreta y se ciñe las correas. Trata de hacerla mover; pero no puede. Lentamente se desciñe. Permanece indeciso. De la carrera toma un gran libro negro. Dirige nuevamente su mirada hacia arriba.)* Tu pensamiento, Señor... Al menos él debe seguir adelante... *(Carga el libro sobre sus hombros con visible esfuerzo, y emprende el camino. A punto de salir, se detiene. Se vuelve lentamente y camina hacia el centro de la escena. Ya en él, pone el libro en el suelo y se sienta sobre él. Junta las manos entre sus piernas, y dos lágrimas corren por sus mejillas. Susurra.)* Para jugar barajas se necesitan dos... *(Grita.)* No puedo... No puedo... *(Llora. Hince sus rodillas y abre los brazos.)* Señor... Señor... Se necesitan dos, se necesitan dos, se necesitan dos... Un último favor. Prometo envejecer con dignidad. Prometo alimentarme con pan sin levadura y bautizar el vino con una mitad de agua. Prometo... Te prometo... *(Pausa.)* Devuélvelos a la vida, y, por lo que más quieras... quítanos la potestad... que nos diste. *(Hay un silencio y luego los truenos y la oscuridad, igual que la primera vez. La voz de Dios dice: "SON INSOPORTABLES". Más truenos. "LO*

CONCEDO". Otra tanda de truenos, y la normalidad. Los personajes se levantan y se colocan como al principio, después de abandonar lo concedido por Dios en el centro de la escena.) La muerte ha muerto; la creación despierta.

MINIMO.— No puedo más... Tengo hambre... Mucha hambre...

REVOLUTO.— Explotadores... abusadores... asesinos...

CARNIDO.— Silencio.

REVOLUTO.— Que no, que no y que no. Mientras haya agua, yo tendré saliva. Caminaremos por cualquier desierto con botas o con zapatillas de ballet; vestidos de diablos cojuelos o de monja de clausura. Lo que importa es...

CARNIDO.— Silencio, he dicho. *(Acompañado de un grito, Fórtido hace restallar el látigo.)* Continuemos... *(Mínimo comienza a arrastrar.)* ¿De qué hablábamos?

ORATULO.— Del Mundo.

CARNIDO.— Tiene usted razón... Si consideramos que los ejércitos comen demasiado y que por eso es mejor mandarlos al campo de batalla, tendremos que llegar a la conclusión de que ni Amenhotep, ni Galileo, ni Juana de Arco, y ni siquiera los monjes budistas, tenían razón; de lo cual se desprende que es mucho mejor guerrear en las ciudades. Porque quiero que sepa, que eso no altera en nada mi opinión: la comida debe ser mejorada, y le juro que trataremos eso en la próxima reunión de las Naciones Separadas; digan lo que digan. Después de todo, ¿qué me importa que me llamen intervencionista? Las cosas son así, y así tienen que ser.

REVOLUTO.— ¿Así? ... ¿Así? ... Hay que buscar más adelante... Hijos de la gran puta. *(Han salido y sólo quedan en escena, el cielo, el sol, la arena y los milagros abandonados. La cortina se cierra sin comentarios —tal vez la marcha del principio—).*

SEMINARIO MUL. 'DISCIPLINARIO'
JOSE EMILIO GONZALEZ
FACULTAD DE HUMANIDADES
UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO
RECINTO DE RIO PIEDRAS

Santo Domingo,
marzo, 16 de 1965